

Kurt

Miradas entre las cortinas.

El colchón improvisado en el suelo del sótano de Bob, aunque lejos de ser un lecho de rosas, me había ofrecido un respiro. El agotamiento y la extraña calma de no estar solo con el torbellino de pensamientos sobre la trampa me concedieron un sueño fragmentado, pero sueño al fin. La luz grisácea que se colaba por las altas y estrechas ventanas del sótano anunciaba una mañana que, en mi interior, se sentía cargada, como el aire antes de una tormenta de verano. Bob roncaba suavemente en el sofá, un contrapunto de normalidad frente al enigma que latía a pocos metros, tras una pared y un misterio de engranajes.

Anoche, la decisión de abrirla había sido una mezcla de la curiosidad punzante de Bob y mi propia sed por desentrañar lo oculto, esa misma que me llevaba a devorar los libros de Terry. Ahora, con la primera luz, la decisión se sentía como un pacto sellado. Bob se desperezó, y su primera mirada, casi instintiva, fue hacia la esquina.

- ¿Seguimos con esto? - Su voz era un murmullo, aún con el rastro del sueño y la duda que la noche no había borrado del todo. - Más que nunca - respondí. Una parte de mí, esa que siempre calculaba y sopesaba, como cuando intentaba evitar

a los vecinos, aconsejaba prudencia. Pero la otra, la que se sentía viva ante lo inexplicable, era más fuerte. - Dijiste que lo pensarías. Bob asintió despacio. - Lo he hecho. Y la verdad, no creo que pueda estar tranquilo hasta que sepamos qué es.

No hizo falta añadir más. Apartamos las cajas con esa familiaridad que da el compartir un secreto, disimulando nuestra improvisada central de investigaciones. La ausencia de los padres de Bob era una oportunidad que no íbamos a dejar pasar.

Me arrodillé ante el hueco de las manijas, sintiendo una extraña mezcla de la emoción que me producían las teorías de Terry y la cautela que mi hermano Melvin y yo habíamos perfeccionado para movernos sin ser detectados. - ¿Listo? - pregunté, observando a Bob. Él asintió, el pulso seguramente tan agitado como el mío.

Los engranajes iniciaron su chirrido metálico, una melodía discordante que parecía despertar algo latente en los cimientos de la casa. Contuve el aliento mientras la sección de pared se deslizaba, revelando de nuevo esa luz blanca, casi agresiva en su pureza, que la noche anterior nos había parecido tan anómala.

- Espera un momento - susurró Bob, su rostro perdiendo algo de color. - ¿Y si...? - No lo creo. La luz parece fija - dije, aunque la idea de una presencia desconocida me recorrió la espalda. - Vamos.

Nos asomamos con la precaución de quien teme despertar a una bestia dormida. La luz provenía de un tubo fluorescente, único y solitario, en el techo de un espacio sorprendentemente angosto. No era una habitación como tal, sino un pasadizo estrecho, de apenas un metro de ancho y quizás dos de alto, que se curvaba y se perdía en una oscuridad más densa, más allá del alcance de la

luz artificial. Las paredes, de hormigón desnudo, transmitían una sensación fría y funcional. No había adornos, ni cajas, nada que se pareciera a los trastos que suelen acumularse en los sótanos. Solo el pasillo y un silencio que zumbaba en los oídos.

- ¿Qué demonios es esto? - murmuró Bob, su voz apenas un hilo. - ¿Un pasaje? ¿Pero a dónde? - No tengo ni idea - respondí, mi mente ya disparando hipótesis. Esto no era un simple escondite para los tesoros de un adolescente o los recuerdos de un adulto. Era algo con un propósito más definido, aunque oscuro. Recordé cómo las mujeres de mi manzana habían derribado las cercas para crear su "pentágono", una alteración del entorno con un fin social, aunque para mí, algo opresivo. ¿Era esto algo similar, una modificación estructural con un objetivo secreto?

Avancé un paso. El aire era pesado, con un leve olor a polvo y un matiz metálico, casi imperceptible. Bob me siguió, la tensión dibujada en sus facciones. Encendí la linterna, su haz amarillento cortando la negrura que se extendía más allá de la curva.

El pasadizo giraba suavemente hacia la izquierda, en dirección a lo que calculé sería el jardín, quizás incluso hacia las propiedades colindantes. La idea me inquietó. Si esta casa, aparentemente normal, ocultaba esto, ¿qué no esconderían las demás, con sus habitantes tan propensos a observar y ser observados?

De pronto, un sonido. Un ligero roce, seguido de un golpe seco, desde el sótano que habíamos dejado atrás. Nos congelamos. El silencio que siguió fue aún más tenso. - ¿Oíste? - susurró Bob. Asentí. Una mirada bastó. ¿El padre de Bob? ¿O alguien más? Mi mente voló hacia la señora Cole, la vecina de Terry, experta en el arte de la vigilancia discreta.

Con infinita cautela, retrocedimos. Apagué la linterna. Al llegar al umbral, justo antes de asomar la cabeza, oímos voces. Femeninas, amortiguadas. Una de ellas, aguda y con un deje de autoridad que reconocí al instante: mi madre. La otra, aunque no pude ponerle rostro, tenía ese tono que había escuchado tantas veces en las charlas del "comité" de mi manzana.

- ...te digo, Margaret, que andan muy raros últimamente - decía la voz desconocida. - Siempre juntos, cuchicheando como si tramaran algo. Y el tuyo, Kurt, pasa demasiado tiempo con ese Terry Newman, el que los vecinos llaman "El-sin-remedio". - Lo sé, querida, lo sé - respondió mi madre, y ese tono de preocupación ensayada, el mismo que usaba antes de una de sus "necesidades de acción", me revolvió el estómago. - Will dice que son cosas de la edad, pero una ya no sabe qué pensar. Este pueblo se está volviendo muy extraño. - Y anoche - continuó la otra voz, bajando el tono hasta convertirlo en un susurro confidencial -, juraría que vi luces en el sótano de Robert hasta bien tarde. ¿Qué harían dos muchachos solos en un sótano a esas horas, digo yo?

Bob me miró, los ojos como platos. Estaban hablando de nosotros. Y estaban cerca, demasiado cerca. Quizás en la cocina, o en el salón, justo encima. Si nos encontraban allí... La puerta del pasadizo seguía abierta, la luz blanca derramándose como una confesión. Teníamos que cerrarla. Le hice una seña a Bob. Entendió. Nos deslizamos hacia las manijas, casi sin respirar. Podía oír los pasos en el piso de arriba. Cada crujido de la tarima era un pequeño infarto.

Mientras Bob giraba las manijas, esta vez con un cuidado extremo para ahogar el sonido de los engranajes, mi mirada se desvió una última vez hacia el interior del pasadizo. Justo cuando la puerta comenzaba a cerrarse, creí ver algo muy al

fondo, donde antes solo había negrura. Un brillo fugaz, ¿metálico quizás? ¿O solo un juego de la luz al desaparecer? Era demasiado rápido, demasiado incierto.

La puerta se cerró con un "click" casi inaudible. El sótano recuperó su penumbra habitual, pero la atmósfera estaba cargada. Las voces de arriba seguían su chismorreó. - ¿Viste algo? - susurró Bob, cuando estuvimos seguros. Dudé. No quería añadir más leña al fuego de su ya palpable nerviosismo. - No. Nada claro. Solo oscuridad - mentí a medias. - Tenemos que salir de aquí.

Recogimos nuestras cosas a toda prisa. Mientras subíamos sigilosamente, las palabras de la vecina resonaban: "luces en el sótano de Robert hasta bien tarde". ¿Cómo lo sabía? ¿Desde dónde observaba? La sensación de estar en una casa de cristal, como la mía donde cualquier sonido se filtraba al vecino, se hizo más intensa.

Salimos al jardín de Bob, esperando no haber sido detectados. El sol de la mañana nos recibió, indiferente. Pero para mí, algo había cambiado. El pueblo, con sus casas apretujadas y sus habitantes observadores, ya no era solo un lugar de rutinas y aburrimiento. Se estaba convirtiendo en un rompecabezas con piezas ocultas.

Mientras caminábamos hacia mi casa, la imagen de ese posible destello en el pasadizo regresó. No era tanto el objeto en sí, sino la idea. ¿Para qué construir algo así? ¿Un escape? ¿Un refugio? ¿O algo más relacionado con esa necesidad de observar, de saber, tan arraigada en este lugar? Recordé la frase de Terry sobre la sombra y las dimensiones ocultas. Tal vez este pasadizo era una prueba literal de ello.

Al llegar a la valla de mi casa, la señora Cole estaba en su porche, inmóvil, con ese aire de centinela que tanto me crispaba. Su mirada se

clavó en mí. No hubo saludo, solo esa observación penetrante. Y por primera vez, no sentí la habitual irritación, sino un escalofrío distinto. La sensación de que ella, y quizás otros como ella, sabían más, veían más. Me pregunté si su vigilancia era una afición o algo más organizado, como los espías de las películas que mi abuelo Ronald veía en su cuarto.

Esa noche, en mi habitación, con la revista de fenómenos paranormales que Terry me había prestado sobre el escritorio, no podía concentrarme. El recuerdo del pasadizo no era aterrador en el sentido de un peligro inminente, sino emocionante y perturbador por sus implicaciones. ¿Cuántos secretos más guardaba este pueblo "perdido entre árboles y tierra seca"? ¿Y si el padre de Bob, el arquitecto, había diseñado más que simples casas? La necesidad de hablar con Terry, de contrastar mis incipientes teorías con sus investigaciones, creció hasta volverse una urgencia. Él, con su peculiar forma de ver el mundo, quizás podría arrojar algo de luz, o al menos, compartir la fascinación por la oscuridad. La cena en mi casa, con su habitual "teatro ilógico", se sintió más irreal que nunca. Los gritos ensayados, las indirectas de mi madre sobre mis "malas compañías", todo parecía lejano, filtrado por la nueva perspectiva que me había dado el sótano de Bob.

Mientras mi hermano Melvin se preparaba para una de sus misteriosas salidas nocturnas, probablemente para escapar de la misma atmósfera que yo sentía opresiva, me asomé a la ventana. La casa del vecino violinista estaba a oscuras, pero más allá, en la calle, una figura solitaria caminaba lentamente. No pude distinguirla bien, pero algo en su porte me recordó a uno de los amigos de mi abuelo, esos que se reunían en el bar a recordar viejos tiempos. Se detuvo un instante justo bajo la farola que iluminaba el cruce con la

manzana de Bob, la "manzana enemiga" según mi madre. Levantó la cabeza y miró directamente hacia mi ventana. O eso me pareció. El corazón me dio un vuelco. ¿Casualidad? ¿O era yo el nuevo foco de atención en el intrincado mapa de vigilancias del pueblo? La figura permaneció inmóvil un segundo más y luego, con la misma lentitud, continuó su camino y desapareció en la penumbra. Me quedé helado, preguntándome si mi reciente descubrimiento me había vuelto paranoico o si, efectivamente, las sombras del pueblo habían empezado a moverse de una forma nueva y directa hacia mí.